

tormentos que no pueden conocer los hombres, que están reservados solamente para el alma de una mujer. Si el hombre aborrece á su esposa ó se cansa de su querida, cambia los halagos en desprecios y no recibe sus abrazos; pero la mujer infeliz tiene que ocultar bajo sonrisa todo el pesar que la devora. Vive Bernal en Angulema y no se acuerda de su prima. ¡Oh! estará respirando el aliento de la moribunda Doña Inés; de esa mujer que piensa solo en el amante que perdió; de esa mujer que no me escude en hermosura; pero que tiene la ventaja de no amarle; de esa mujer á quien odio tanto....

—Señora, dijo una dama presentándose, acaba de pedir un caballero vuestra vènia para presentarse en vuestra cámara.

—¿Su nombre? preguntó la princesa.

—Se llama Bernal de Bearne.

La princesa se puso mas pálida; llevó á sus ojos el pañuelo para enjugar dos lágrimas que habian humedecido sus pupilas, y dijo á su dama de servicio que hiciese entrar al caballero.

No tardó en presentarse Bernal; sus ojos buscaron ansiosos las miradas de su hermosa prima, y cuando la encontró tan pálida y con muestras de haber llorado, sintió un estremecimiento eléctrico, rápido y profundo á la vez.

—Te encuentro pálida, hermosa prima, y muy abatidos tus ojos.

He pasado muy malos dias desde que no nos vemos, Bernal. ¿Se encuentra mejor Doña Inés?

—Está bastante aliviada. Pero tú has llorado, prima mia.

—¿No encuentras ningun justo motivo para que mis lágrimas corran?

—Me olvidaba que partió anoche tu esposo, el valiente príncipe de Gales.

—Sí, Bernal, anoche partió mi esposo.

—Y hoy se aleja tu primo, princesa.

—¿Es la visita de despedida?

—Sí.

—¿Está ya en disposicion Doña Inés de emprender tan largo viaje?

—No viene conmigo, princesa.

—¡Oh! padecerás mucho en la ausencia.

—He sufrido tanto otras veces! Además, voy, hermosa prima, á un paraje tan seductor....

—¿Adónde vas, Bernal?

—A Castilla.

—¿A unirte con el rey D. Enrique?

—Sí, hermosa princesa de Gales. Nos despedimos en esta misma estancia tu esposo y yo para Castilla, y voy á cumplir mi palabra.

—No vayas, Bernal.

—¿Temes mi encuentro con el heredero de Inglaterra?

—Sí lo temo, Bernal de Bearne.

—Mucho le amas, hermosa prima. Pero ese encuentro que tú temes yo lo busco con tanta ansia como el ruiñeñor á su esposa. Es tan valiente el noble príncipe: se adquiere tanta honra midiendo una buena espada con su espada, que yo la ambiciono, prima mia.

—No vayas á Castilla, Bernal.

—Si antes lo deseaba, princesa, va creciendo mi anhelo de una manera inesplicable. Ahora contaré los minutos y me parecerán muy largos.

—¿Y Doña Inés, Bernal?

—¿Princesa! Doña Inés vive con sus memorias, y morirá con sus recuerdos. Está á su lado un viejo amante que la adora ya por instinto, y un paje jóven y bizarro que la defenderá con valor. Puedo abandonarla sin pena, y sin hacerle falta alguna.

—¿Pero tu amor hácia la huérfana?

—¿Quieres saber mi amor, princesa?

—Como tú lo quieras, Bernal.

—Hay momentos, hermosa prima, en los cuales si no puede el hombre arrancar de su pecho el corazon para que no lata, debería hacerlo con su lengua para que no hablase á lo menos: esto debería yo hacer ahora; mas proseguiré, prima mia. Antes de saber que era amor, sentí en mi corazon de niño un sentimiento inesplicable que me llevaba hácia otra niña, como los ángeles hermosa y tambien pura como ellos.

—Bernal.

—Es una historia sin nombre alguno. Déjame proseguir, princesa. A sus miradas inocentes correspondia yo con miradas tan inocentes como las suyas; pero adivinaba en sus ojos qué flor era mas de su gusto, y se la presentaba riendo. Sobre las pilas de alabastro vimos juntos hervir el agua, y eran nuestras risas mas amorosas que las de las fuentes de cristal. Para correr por los jardines entrelazábamos nuestras manos, y perseguíamos las mariposas casi tan aéreas como ellas. La niña me tejia coronas de laurel, porque yo debía ser guerrero; y yo se las ceñia de rosas blancas, símbolo de virginidad que llevan á el ara las esposas. Sobre los céspedes floridos, bajo las parras y madresevas, leíamos trovas provenzales, y nos esplicábamos el amor de los trovadores comparándolo al de las tórtolas que arrullaban en bosquecillos de alhelies. Tomando por modelo á las aves, no comprendíamos la inconsecuencia, ni que pudiera una mujer dormir sosegada en los brazos del hombre á quien no habia jurado amor.

—Bernal.

—Pasaron los dias de la infancia, como pasa el suave arrebol de las auroras, y brilló el sol de la adolescencia, con rayos mas ardientes, sí, pero en un horizonte sin nubes. Jamás salió de nuestros labios una sola frase de amores. ¿Pero es necesario decirlo cuando los corazones lo sienten, cuando los ojos lo publican?

—Bernal, Bernal.

—Pasaron unos cuantos meses, y un príncipe pidió la mano de la tierna jóven: sus padres la acordaron gustosos, y yo la estreché entre mis brazos, y mezclé mis lágrimas con las suyas en el momento de partir. Solo, sin la compañera de mi infancia, sin el encanto de mi existencia, sin la que habia amado como aman los bienaventurados á Dios, pasé noches de eterno luto, y dias negros como la noche. Recorría los hermosos parajes en que habíamos reposado juntos, y mis lágrimas

aumentaban el limpio cristal de las fuentes y el diáfano rocío de los prados. A los pocos dias caí enfermó, y tuve, princesa, la desgracia de no morir á los quince años. Convaleciente todavia, pedí una espada y un arnés, marché á los combates con la idea de abrirme honrosa sepultura, y fuí armado caballero. Cuatro años pasé en los campamentos: al cabo de ellos volví á ver á la hermosa niña, ya esposa y madre: la recordé mi amor ardiente, y me exigió formal promesa de ocultarlo dentro del pecho.

—¿Que podia hacer, Bernal, la esposa?

—Permíteme, prima, que acabe. Huí de su lado: nuevas batallas me ocuparon, y pasé á Castilla en busca de otras. Allí encontré una mujer pálida, llena de recuerdos y enferma: aquella mujer era el retrato de la que yo adoraba loco, y en un momento de delirio pedí á D. Enrique su mano. Esta es la historia de mi amor.

—¿No amas á Doña Inés, Bernal?

El bastardo movió la cabeza negativamente, y prosiguió:

—He vuelto á ver, hermosa prima, á la mujer de mis ensueños, feliz en brazos de su esposo, y olvidada de aquellos años....

—¿Jamás! jamás, exclamó la princesa, se borrarán de mi memoria dias de tan seductores recuerdos! Jamás latirá por otro hombre el corazon que latió inocente por....

—Prosigue, dijo Bernal temblando.

—Por mi primo Bernal de Bearne.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que decís? ¿Vuelvo á recobrar en un punto la felicidad de mi vida? ¿Vuelvo á los años de mi infancia y encuentro, como en ellos, á la niña que me sonreia, á la mujer que me adoraba? Ven á mis brazos, ven, hermosa. Un siglo de mortal angustia, una eternidad de tormentos no pagan á bastante precio tanta ventura, tanto amor.

Bernal estrechaba á su prima con el arrebato de un loco, y la princesa no tenia fuerzas para desasirse de sus brazos. Mucha virtud necesitaba para salir pura y triunfante: mucha virtud supo tener. Dejó los brazos del bastardo y tendiéndole su mano trémula, le dijo:

—Te adoro, Bernal, sí; te adoro, pero reclamo tu palabra. Imprime tus labios en mi mano; yo quisiera morir en tus brazos, pero una voz me grita: esposa! y una mano de hierro me retira. Véte, Bernal: véte á Castilla.

La princesa no podia tenerse en pié; las lágrimas bañaban sus ojos, y con pasos acelerados quiso entrar en otro aposento. El bastardo llegó al umbral, cogió la mano de la hermosa, la cubrió de amorosos besos, y con voz entrecortada dijo:

—¡Adios, prima mia; adios! Hasta el cielo....

Cuando salió Bernal de palacio un sudor frio bañaba su frente, y corría las calles de Angulema como un caballo desbocado. Llegó en breve á su alojamiento; montó sobre un alazan brioso y fuerte, y sin despedirse de Doña Inés, ni mas compañía que un escudero, salió á escape para Castilla.

Al pasar por junto el palacio, vió agitarse un pañuelo blanco, y oyó una voz que le decia:

—¡Adios, Bernal, adios! Hasta el cielo.

CAPITULO XIII.

Veni, vidi, vici.
CESAR.

DEJAMOS en Burgos á D. Enrique, y es indispensable decir algo del nuevo rey y de su antecesor D. Pedro. Aunque hemos encontrado á este último en la buena ciudad de Angulema, recorreremos rápidamente los parajes en que se detuvo desde su fuga de la capital de Castilla y presentaremos al mismo tiempo á D. Enrique que seguia de cerca sus pasos.

El dia que abandonó D. Pedro á su buena ciudad de Burgos, se dió tanta prisa á alejarse, que comió en Lerma, á siete leguas de la ciudad, y fué á pernoctar á Lumiel, habiendo andado doce leguas, y continuando á largas jornadas hasta la ciudad de Toledo.

Los toledanos recibieron con agasajo al rey D. Pedro, y le ofrecieron defenderse obstinadamente.

Apenas habia descansado el monarca de las fatigas del viaje, cuando se presentó un burgalés á participarle la entrega que habian hecho al rey D. Enrique de la noble ciudad de Burgos y su coronacion en las Huelgas. Cuando recibió esta noticia estaba rodeado D. Pedro de algunos ju-díos principales y de Castro su favorito. Al oír el rey tan triste noticia exclamó:

—¡Ay! Beltran de Gúesclin, ese bandido, me arrebatará la corona.

—Nada se remedia con quejarse, replicó Castro, y es vergüenza que lo haga un hombre.

Entonces un judío, llamado David, muy cono-cedor de los astros se acercó al rey D. Pedro y le dijo:

—Señor: he leído en un libro azul y estrellado y he visto en él muchas señales maravillosas en extremo. Por ellas sé que vos perderéis vuestro reino como Nabucodonosor, para recobrarlo despues; porque el águila será presa por un halcon que ha de venir en vuestra ayuda.

Beltran Gúesclin y sus amigos no se durmieron sobre sus laureles, ni encontraron en Burgos la Capua tan fatal al cartaginés. Decididos á llevar á término una expedicion comenzada bajo tan felices auspicios, se pusieron al punto en marcha para la ciudad de Toledo, en donde esperaban encontrar al rey D. Pedro de Castilla.

Era el ánimo de D. Enrique sorprender á la buena ciudad; pero se les adelantó un espía, que notificó á D. Pedro el movimiento de las huestes de su enemigo. El rey convocó á los ciudadanos mas principales de Toledo y les habló de esta manera:

—Señores, conozco bien que la fortuna me ha

vuelto con desden la espalda, pues mis enemigos han logrado coronar por rey á mi hermano, y acaba de decirme un espía que vienen á sitiar á Toledo, ciudad bien cercada de muros, con profundos fosos, y con provisiones bastantes para mantenerse un año entero. Yo tengo que marchar á Sevilla para reunir allí un ejército formidable: vosotros os defenderéis como leales y como valientes. No sufriréis un largo sitio, pues yo acudiré á levantarlo.

Los toledanos respondieron, que defenderían la ciudad; y el rey D. Pedro, acompañado de algunos señores de cuenta, y conduciendo sus tesoros, atravesó la Sierra Morena y llegó á la ciudad de Córdoba.

No se descuidó D. Enrique, y se presentó muy en breve ante los muros de Toledo. Mandó un parlamento á la ciudad, y habiendo reunido el arzobispo á los ciudadanos mas notables les dijo:

—Honrados señores: el rey D. Pedro se ha marchado llevándose todo su tesoro y sin dejarnos una blanca: esta conducta me hace creer que no volverá por la ciudad. Es un mal rey que no quiere seguir los consejos de los hombres prudentes y leales: estad, ciudadanos, sobre aviso. Si los que vienen contra nosotros toman la ciudad por asalto, perderemos vidas y haciendas: pensadlo bien y resolvéos.

Oido el parecer del prelado, todos los ciudadanos resolvieron abrir las puertas á D. Enrique, y entregaron las llaves al buen arzobispo para que las presentase al rey. El arzobispo marchó al campamento, acompañado de algunos vecinos notables, y presentándose ante el rey y los principales caballeros, dijo:

—Noble rey, Dios os prospere y engrandezca. Aquí teneis las llaves de Toledo, que yo os presento á nombre de todos, y aquí teneis á sus ciudadanos que vienen á prestaros homenaje en los mismos términos y bajo las mismas condiciones que lo efectuaron los de Burgos.

—Yo lo admito, replicó el rey, y les juro guardar fielmente las antiguas leyes del reino.

Los toledanos presentaron magníficas joyas al rey, y D. Enrique las repartió á sus valientes capitanes.

Tomada posesion de Toledo, dejó en ella á su ilustre esposa y se encaminó D. Enrique á Córdoba, en donde se hallaba su hermano. El paso de Sierra Morena ofreció grandes dificultades al ejército por la fragosidad del terreno y por las muchas bestias feroces que á la sazón en ella habia.

Cuando supo D. Pedro la entrega que habian hecho los toledanos de una ciudad tan fuerte y con profusion abastecida, se quejó muy amargamente de los suyos, apellidándolos traidores, y dió al diablo á Beltran Güesclín y á toda la Blanca Compañía. Baldonó á los eclesiásticos y seglares con una acritud tan estremada, que Fernando de Castro le dijo:

—Señor, si hubierais tomado mi consejo de permanecer firme en Burgos, estaríamos defen-

diéndola como hombres hidalgos y de corazon; pero ya que no quisisteis entonces seguirlo, no lesdeñeis el que voy á daros, único posible en tan críticas circunstancias. Enviad comisionados á D. Enrique para que traten de acomodo. Ofrezcédle la ciudad de Toledo, la de Córdoba y la de Sevilla, con condicion de que entregue á Burgos, y de que os acate como á su rey. Dad á Beltran Güesclín doscientas mil doblas, para que las reparta entre las gentes que acaudilla, á condicion de que las licencie; porque si una vez se disuelven no las encontraréis mas juntas. Así reconquistaréis la corona: pondréis á su debido tiempo en una prision á D. Enrique, y todo quedará como antes.

—Fernando, seguiré tu consejo. ¿Pero quiénes han de ser las personas que hayan de acercarse á D. Enrique?

—Dos cordobeses que os sean fieles, y que no se dejen engañar.

D. Pedro eligió dos caballeros, les dió sus precisas instrucciones, y se pusieron en camino para buscar á D. Enrique. No tardaron mucho en hallarlo. Estaba acampado el ejército á las márgenes de un riachuelo, y los caballeros descansaban de las fatigas de la Sierra.

Preguntaron los cordobeses por D. Enrique y por Beltran, y habiéndoselos hecho conocer entre otros muchos caballeros, les manifestaron las instrucciones que del rey D. Pedro traian. El semblante de D. Enrique se demudó escuchándolas, y Beltran Güesclín que deseaba obrar en un todo con arreglo á los intereses de su amigo, le preguntó qué le parecían las proposiciones de su hermano.

—Bien, dijo D. Enrique sonriendo, demasiado buenas, Beltran: y yo daria gracias á Dios si esta paz se llevase á efecto, si no volviésemos á la guerra. Pero veo muy bien que esta oferta es una traicion cautelosa para cogernos desarmados. Mas si quiere Dios ayudarme, haré la paz con tales rehenes, que no le sea fácil romperla. Exigiré en primer lugar su hija mejor, en segundo á Fernando de Castro y á cincuenta hijosdalgo mas, que satisfagan bien mis deseos.

Los cordobeses repusieron, que manifestarian á D. Pedro las condiciones de D. Enrique, y este añadió:

—Ademas, desco que me entregue á los judíos Daniel y Torcuato, que son sus íntimos consejeros y en los que tiene mas confianza, porque estos judíos asesinaron á la reina, que era hermosa y noble señora. Y quiero que me los entregue para hacerlos quemar reunidos, como á traidores y asesinos. Y por lo tanto, yo os suplico, honrados señores, con la mas fina cortesía, que si D. Pedro se va de Córdoba, detengais á esos dos judíos.

Los cordobeses se lo prometieron, y se marcharon á la ciudad.

Muy mal recibió el rey D. Pedro las pretensiones de su hermano; pero como la situacion apremiaba, se tomó tiempo para pensarlo. Fernando de Castro y otros nobles no consideraron oportu-

tuno permanecer al lado del rey, y sin tomar vénia se salieron á media noche y se encaminaron á Galicia, en cuyas provincias tenia el primero su patrimonio y sus tenencias.

Mucho sintió D. Pedro la marcha de Fernando de Castro; y recomendando á los cordobeses que defendieran la ciudad cuanto tiempo les fuera posible, tomó el camino de Sevilla, en la que fué bien recibido y espléndidamente festejado, al mismo tiempo que lo era en Córdoba D. Enrique, pues se le habia entregado la ciudad sin oponerle resistencia.

Ocho dias alojaron en Córdoba; y habiendo sabido que D. Pedro estaba dentro de Sevilla, se encaminaron á sitiarla, deseoso su hermano D. Enrique de apoderarse de su persona, y de acabar con un solo golpe de volcar el antiguo trono, y consolidar el que habia alzado en Santa María de las Huelgas.

Habia en Sevilla tres fortalezas, ocupada una por cristianos, otra por judíos, y por los moros la tercera. Esta division de la ciudad podia comprometerla en un sitio y lo demostró la esperiencia.

Cuando recibió D. Pedro la noticia de que se habia entregado Córdoba y de que marchaba el ejército á largas jornadas para sorprenderle en Sevilla, estaba solo con Daniel y con Torcuato, los judíos que habian asesinado á la reina. Irritado por una nueva que apenas le dejaba terreno en que respirar libremente, cogió á cada judío por un brazo, y sacudiéndoles con violencia, les dijo:

—Maldita sea la hora, canallas, en que os ví por primera vez. Por seguir vuestro infame consejo maté á mi esposa Doña Blanca, y desde esa muerte he sufrido mil desgracias y contratiempos. Este es mi gran pecado, perros, y yo merezco los castigos que se desploman sobre mí. Huid de mi casa y de mi corte, huid, malvados; pues juro á Dios y á su Santa Madre, que si otra vez aquí os encuentro os haré ahorear como á ladrones.

Los judíos salieron temblando, y sin tomar calbagaduras, emprendieron su marcha hácia el reino de Portugal. Pero como cuando se tuerce la fortuna no dá una vuelta solamente; sucedió que Mateo de Gournay los encontró en el fondo de un valle al despuntar la mañana y los detuvo prisioneros. Les preguntó el inglés si eran sarracenos ó si judíos, y Torcuato le respondió:

—Señor, nosotros somos dos judíos, y no queremos engañaros: pero concedéndonos las vidas, y os prometemos formalmente hacer que se entregue mañana por la noche la noble ciudad de Sevilla.

—¿Cómo podréis verificarlo, preguntó el inglés, y de qué medios os valdréis? Por Dios, que si lo haceis así, yo os proporcionaré muchos honores y riquezas al mismo tiempo.

—Yo os diré, señor, repuso Torcuato, cómo entraréis en la ciudad. Hay un gran número de judíos que habitan un recinto cercado con puertas al campo y al interior de la poblacion: yo iré

á parlamentar con ellos, y conozco á muchos que entregarán la fortaleza, si se les permite continuar viviéndola sin menoscabo en sus haciendas.

Gournay convino con el judío, y les preguntó cuál de los dos quedaria en rehenes como garante del convenio. Daniel se ofreció á quedar en la hueste, y Torcuato emprendió su marcha para la ciudad de Sevilla.

Gournay presentó á D. Enrique el judío, y el rey holgó mucho con las esplicaciones que le dió, asegurándole que muy en breve tendria por suya la ciudad.

Con actividad obró Torcuato; se presentó ante la puerta, y gritó á los judíos que guarnecian la parte superior del muro, para que lo dejasen entrar. No vacilaron en hacerlo: fué recibido con agasajo, y presentado á los doctores,

—Señores, les dijo Torcuato, grande necesidad teneis de poner á salvo vuestras vidas, pues os ha amenazado D. Pedro mandaros ahorcar ó quemar, de no dejar un solo judío en toda la estension de su reino, ó de desterrarnos á todos con la mano derecha cortada, porque le hemos prestado, segun dice, malos servicios y consejos. Pensad en lo que acabo de decir, y decidid prontamente.

Los judíos se estremecieron con la nueva que les comunicó Torcuato, y le rogaron encarecidamente que les diese buenos consejos.

—Señores, añadió Torcuato, vengo de pedir á D. Enrique que os reciba en su gracia, y he dejado á Daniel en rehenes de que corresponderéis fielmente á sus favores. Tanto he suplicado al nuevo rey, que ha condescendido en dejarnos vidas y haciendas, si le permitís entrar en el fuerte. Despues pasarán á la ciudad, la llevarán á sangre y fuego, y apoderándose de D. Pedro, le colgarán de los adarves.

Los judíos fueron de la misma opinion que Torcuato, y resolvieron dar entrada al rey D. Enrique el domingo inmediato, por tener que guardar el sábado, segun la ley de sus mayores.

Torcuato volvió al campamento, contó á Gournay cuanto habia hecho, y el inglés lo condujo al instante á la presencia de D. Enrique.

Mientras noticiaban los judíos al nuevo rey cuanto habian tratado en su provecho, LA ROSA DE JERUSALEM llegaba al alcázar de D. Pedro, sola y favorecida por la noche; el monarca la recibió con demostraciones de cariño, y la condujo á un aposento en donde pudiesen hablar solos.

Señor, le dijo la judía, no perdais en vanas caricias un tiempo que puede seros muy precioso; vuestra vida está en gran peligro, porque han vendido los judíos su fortaleza á vuestro hermano D. Enrique, y lo recibirán en ella pasado mañana sin falta.

D. Pedro quedó sobrecogido con el relato de la judía, y abrazándola tiernamente, la dijo:

—¿Es verdad lo que acabas de referirme, Raquel hermosa, ó han logrado mis enemigos seducirte y hacer contraria de D. Pedro á la mujer que tanto ama?

—Rey de Castilla, no hay bastante oro sobre la tierra para compensarme tu cariño. Dos amigos tuyos, dos judíos que habian recibido de tí dones y honores que no merecian, se han puesto de acuerdo con tu hermano, y han promovido esta traicion. Daniel y Torcuato te han vendido.

—¡Daniel y Torcuato! exclamó el rey: ¡Daniel y Torcuato! esos hombres que habia levantado del polvo hasta la cumbre del poder; esos hombres que han sido siempre mis mas íntimos consejeros; que han sacado oro de mis arcas para ser ricos y temibles. ¡Oh! bien merecido lo tengo; acerqué víboras á mi pecho, y me han corroido las entrañas. ¡Estás cierta, hermosa Raquel, que han conspirado esos infames contra su protector, contra su monarca?

—Sí, rey; y los cristianos mas ilustres están de acuerdo con D. Enrique.

—Hacen bien esos seres mezquinos. Tiran flechas al leon enfermo porque no puede castigarlos: las circunstancias cambiarán. ¡Si yo abandonase mi reino para proporcionarme auxilios, me seguirias á Portugal?

—Al cabo del mundo, D. Pedro.

—Mañana sin falta me embarco; te esperaré hasta el medio dia.

—No tienes que esperarme, D. Pedro. No me separaré ya de tí.

El rey cubrió de besos la frente de LA ROSA DE JERUSALEM, y olvidó en sus brazos el trono que bajo sus plantas se hundia.

Al dia siguiente, muy de mañana, la servidumbre de D. Pedro embarcó todos sus tesoros, y el rey convocó á los ciudadanos para encargarles que defendiesen la ciudad, en tanto que él traia socorros del rey de Portugal su amigo. Los sevillanos ofrecieron conducirse como leales, y dieron de ello muchas pruebas.

Conocia el rey personalmente á los principales partidarios de D. Enrique, y reuniéndoles en número de veinte, les dijo:

—Honrados señores, os suplico y mando al mismo tiempo que me acompañeis á Portugal. Y hago esta distincion con vosotros, porque sois las únicas personas que me inspiran justa confianza.

Los caballeros contestaron que estaban muy prontos á seguirle, y el rey los embarcó en una galera que debia conducirlo á Lisboa.

Muchos y vigorosos remeros azotaron con robustos brazos la cristalina espalda del rio. D. Pedro fué dejando atras los bosquecillos de naranjos y las glorietas de jazmines; pero llevó consigo sus riquezas, sus esperanzas y su judía.

CAPITULO XIV.

¿Eso pretende el marqués?
¿Para eso, Fortun, te envía?
Antes de lucir el dia
Ten prevenido mi arnés.

LARRA.

No desmayaron los sevillanos con la partida de D. Pedro, que el corazon en pechos nobles se en-

grandece al par que el peligro, y decidieron vender muy caras sus haciendas, honras y vidas. Convencidos de que D. Enrique traeria sus huestes muy en breve sobre la ciudad de San Fernando, deseaban que llegase el momento, pues la expectativa de un mal es mil y mil veces peor que el mal mismo. No tuvieron que esperar mucho: al dia siguiente por la mañana se presentaron D. Enrique, Beltran de Gúesclin y su ejército ante los muros de Sevilla. Los sevillanos al momento hicieron tocar las campanas, y cristianos y moros reunidos se aprestaron á la defensa. Al mismo tiempo los judíos, en cumplimiento del tratado que habian ajustado con Torcuato, abrieron sus puertas, y entró por ellas D. Enrique acompañado de Beltran de Gúesclin, de Hugo de Carbolay y de otros muchos caballeros y soldados.

Cuando los cristianos y moros vieron la infame traicion de los judíos, se encaminaron á su fuerte y los sitiaron al momento. El rey en persona, Beltran y los otros capitanes rechazaban el fiero asalto, y viendo Gúesclin que estaban muchos para ta estrecho recinto, dijo á sus gentes:

—Me parece que aquí sobramos la mitad, y que ganariamos mas terreno combatiendo por otro lado. Vamos á atacar otra puerta.

Despues llamó al judío Torcuato, y le dijo con gran secreto:

—Tú sabes todas las entradas de la ciudad porque la has corrido torre por torre; toma unas compañías de soldados, y condúcelas al paraje que consideres mas oportuno para penetrar sin resistencia.

El judío eligió unas compañías, y las condujo hácia el cuartel que los musulmanes habitaban. Lo encontraron sin defensores, y penetraron en la ciudad sin romper una lanza. Al mismo tiempo que esto sucedia, recibieron los sevillanos la triste nueva de que habia hecho ahorcar el rey D. Pedro á los veinte nobles ciudadanos que se llevó en su compañía. Irritados por esta crueldad, y viendo dentro de sus muros á las gentes de D. Enrique, tuvieron un breve consejo y acordaron entregar las llaves al bastardo de D. Alonso. Las capitulaciones se hicieron, y quedaron á todos salvas las vidas y haciendas; pues mas deseaba D. Enrique hacerse amigos con la clemencia, que hacerse temer por el rigor.

Al pisar D. Enrique el alcázar, vió unas manchas de sangre en el pavimento de mármol, y mostrándolas á los caballeros, les dijo:

—Esta sangre es de D. Fadrique mi hermano; los años no han podido borrarla, ni el agua del Guadalquivir; es preciso lavar esas manchas con la sangre tibia de D. Pedro.

Despues reunió á sus caballeros en el salon de embajadores y les habló de esta manera:

—Valientes y nobles capitanes, la voluntad de Dios y vuestras lanzas han arrojado del trono de Castilla á un rey para colocarme en su lugar. Nuestro enemigo el rey D. Pedro, está camino de Lisboa, y yo no sé si el portugués le recibirá como á su amigo, proporcionándole socorros. Yo no

temo al reino vecino, si me ayudan tantos valientes y mis pueblos me son leales; pero me parece oportuno conocer todos los peligros para conjurarlos en tiempo.

—Señor, dijo Beltran Gúesclin, habeis hablado como prudente, y debe seguirse vuestro voto. Es preciso enviar un mensaje á D. Pedro de Portugal, para que nos diga claramente si quiere sostener en contra nuestra los derechos del destronado. En caso que así quiera hacerlo, irémos á destruir su trono, y Enrique Segundo de Castilla será tambien rey de Portugal. De allí marcharémos sobre Granada, y no quedará moro á vida. Irémos á Jerusalem, en donde murió Jesucristo, y conquistarémos en Palestina todo lo que conquistó heroicamente el buen Godofredo de Bullon. Así sucederá si no me matan, me hacen prisionero, ó vuelvo loco: si no tiene el rey mi señor guerra con el noble príncipe de Gales. Y ¡vive Dios! que así lo deseo; pues de mejor gana cortaré cabezas á los sectarios de Mahoma, que á los defensores de Cristo. Pero reflexionemos ahora cuál de nuestros caballeros debe ir á tratar con el portugués.

Mateo de Gournay manifestó deseos de ir, y todos estuvieron conformes en confiarle una comision muy importante á la verdad.

Llegó á Lisboa, y recibido por el rey con grande consideracion y afecto, le dijo:

—Ya sé que habeis encontrado en Castilla buena fortuna y buen pais; pero habeis arrojado á D. Pedro contra toda razon de su trono.

—Señor, replicó Mateo de Gournay: nosotros estamos informados que es el rey D. Pedro mucho peor que los judíos á quienes protege; y vos mismo tambien lo sabeis. Yo he venido cerca de vos para preguntaros si queréis ayudar á D. Pedro; y si es este vuestro parecer, dejaré inmediatamente á Lisboa, y aprestaré mis mejores lanzas para blandirlas contra vos.

—Bizarro caballero, yo he manifestado al rey D. Pedro, delante de toda mi corte, que quiero permanecer neutral en la guerra de los dos hermanos. Esto os digo como mi respuesta.

Gournay paró algunos dias en Lisboa, y llegó á Sevilla con una respuesta muy grata para D. Enrique. Mas no fué larga la alegría, porque añadió despues Gournay:

—Señor, D. Pedro vuestro hermano ha continuado su viaje hácia Burdeos, en busca del príncipe de Gales, y si consigue interesarlo en su favor, vendrá contra vos á Castilla.

—No quiera Dios que tal suceda, dijo D. Enrique.

—Señor, repuso Hugo de Carbolay: soy uno de vuestros mejores amigos; pero si el príncipe me llama tendré que seguir sus banderas, por mas que lo sienta el corazon.

Lo mismo dijeron Huet, Juan de Ebreus y todos los demas ingleses.

—Señores, añadió D. Enrique: me habeis servido con lealtad por el espacio de seis meses: continuad en mi compañía, hasta que se aclare el horizonte, y sepamos á qué atenernos.

Los caballeros se lo otorgaron, y el rey D. Enrique envió á muchos ingleses y franceses á que conquistasen algunos castillos que estaban en poder de moros ó de judíos, parciales y amigos del destronado rey D. Pedro, permaneciendo el rey en Sevilla acompañado de Beltran de Gúesclin, de Hugo de Carbolay, y de otros muchos caballeros que esperaban noticias del príncipe de Gales y de D. Pedro de Castilla.

Creyó D. Enrique oportuno visitar las principales ciudades de su reino, y acompañado de sus caballeros pasó por Córdoba y Toledo, y fué á fijar la corte en Burgos, cuyos habitantes le recibieron con tantas demostraciones de amor como cuando fué coronado. Pocos dias llevaba de estar en ella cuando vinieron unos heraldos, que habia enviado desde Burdeos el príncipe de Gales, portadores de cartas para el rey y los capitanes ingleses que se hallaban á su servicio. Se abrieron las cartas en consejo, y en ellas el príncipe de Gales intimaba al rey D. Enrique que dejase cetro y corona á su hermano y antecesor; pues de lo contrario vendria á Castilla y le arrancaria vida y trono. Mandaba en otras á sus caballeros que abandonasen á D. Enrique, y se encaminasen á Burdeos con todas sus gentes de armas.

Sobrecogidos quedaron todos, y particularmente D. Enrique, que miraba á Beltran Gúesclin como queriendo adivinar el pensamiento del breton. El corazon de Gúesclin no se apocaba en los peligros, y conociendo la ansiedad que el de D. Enrique sufría, habló á la asamblea en estos términos:

—Señores: acaba de leerse un mandato, que me causa gran estrañeza. La amenaza del príncipe de Gales tendria mas fuerza hecha en Castilla que en el mediodía de la Francia, sin que me intimidase mas. Cualquiera que sea el número de hombres con que pretenda combatirnos, podrá ser recibido de un modo que le pese haberse alejado de su buena ciudad de Burdeos. El hombre que se abate por las amenazas de otro mas poderoso que él, se asemeja á un niño sin valor. Si nuestros enemigos son fuertes, fuertes tambien somos nosotros. Algunas veces se arruinan los ricos por demasiado codiciosos, y su sed insaciable los lleva á un mar en donde perecen. ¡Maldito sea el que tenga miedo! Si son cien mil y nosotros veinte, á mas enemigos cabremos; y si Dios y nuestro derecho nos ayudan, ni un solo inglés saldrá de España. Seamos atrevidos y valientes; porque todo corazon altivo tiene fé en la magnitud de sus fuerzas, y sabe combatir y vencer.

Bizarro capitan, le dijo Carbolay, nos es indispensable partir. Nosotros hemos estado reunidos mucho tiempo, y hemos dispuesto de vuestra bolsa como si hubiera sido nuestra. Hemos recibido mas cantidades que teniamos derecho á tomar, y somos, Beltran, vuestros deudores: os suplico que ajustemos cuentas para reintegraros, como es justo.

—Sí, le replicó Beltran Güesclin: habeis predicado un sermón mucho mejor que un franciscano; pero es el caso, amigo Hugo, que yo no he pensado en la cuenta, y no sé por tanto lo que suma. No sé si debo ó si me deben; mas supuesto que vais á partir, quedemos en paz y es lo mejor. De hoy en adelante podrá ser que tengamos que ajustar otras cuentas, y esas quedarán escritas, Hugo, con la punta de los aceros. Mas supuesto que hemos sido hasta ahora buenos amigos y compañeros, despedámonos como tales.

Güesclin besó á Hugo de Carbolay y á los demás ingleses, y todos le imitaron con gusto. D. Enrique dió algunas joyas á los que iban á combatirle, y salieron los ingleses llorando, porque les mandaba el honor ensangrentar sus duras lanzas en los corazones de sus amigos.

Apenas habian salido los ingleses cuando se presentó un caballero cubierto de sudor y polvo. Este caballero era Bernal. D. Enrique le recibió con alborozo, le abrió los brazos tiernamente y le dijo:

—Bien sabia yo, amigo Bernal, que no me abandonarías en el peligro: que serias mi fiel compañero.

—D. Enrique, respondió Bernal, quinientas lanzas me acompañan. ¿Has recibido ya los heraldos?

—Los he despedido en este instante.

—¿Y qué respondes al de Gales?

—Que Enrique Segundo no teme que venga con todas sus huestes, que para bajar de mi trono necesito entrar en la tumba.

—Bien, D. Enrique de Castilla; la sangre inglesa fecundará las campiñas y los collados, y cada gota de la nuestra será pagada con un torrente de la de los guerreros ingleses.

—Mucho enojo mostrais, Bernal, le observó Beltran de Güesclin.

—El príncipe de Gales y yo tenemos una cita en Castilla.

CAPITULO XV.

.... Veloz me arrastra
Como huracán violento
A la batalla horrisona; los ecos
Del bético clarín los aires llenan,
El freno que le oprime
Tasca el brido y los clarines suenan.

J. B. SANDOVAL.

El relinchar de los caballos y el són de béticos instrumentos poblaban el aire en Burdeos: el príncipe de Gales habia convocado á sus poderosos vasallos y todos se apresuraban á venir á su llamamiento de guerra. Acudieron á su mandamiento el noble Armegnac, el señor de Pommiers, Juan de Chandos, el senescal de Poiteau, el senescal de Burdeos, el valiente conde de Pennebroc y otros ilustres caballeros, que acudillaban sus compañías de aguerridas gentes de armas. Poco después llegó, por mar el duque de Lancaster con un gran número de arqueros; siendo el

ejército del príncipe el mas aguerrido y numeroso que se habia visto en toda Europa.

No se descuidaban en Burgos; y aunque temia Beltran Güesclin el gran poder del príncipe de Gales, manifestaba rostro sereno, y animaba con sus discursos á los que tenian fé en sus obras. No ocultaba al rey D. Enrique la duda que le atormentaba con respecto á los castellanos que habian abandonado poco antes al rey D. Pedro de Castilla y que podrian volverse ahora de su parte, viéndole venir poderoso con tan temibles aliados. No era tiempo de vacilar, y ya anunciaban sordos truenos la proximidad de la tormenta. D. Enrique mandó reunir sus huestes, y Beltran á los extranjeros que en Castilla se habian quedado.

No se durmieron las ciudades al llamamiento del monarca. Sevilla armó veinte mil hombres al mando de un Guzman el Bueno, y Burgos diez mil con escudos y espadas de Zaragoza y de Toledo. Acudieron muchos varones con sendas lanzas, y los mas nobles aragoneses se apresuraron á tomar parte en favor del rey D. Enrique, con quien habian hecho campañas en defensa del rey de Aragon.

Bernal de Bearne, que reunia á su amistad por D. Enrique un odio profundo al de Gales, prodigaba todas sus riquezas y daba impulso con su actividad incansable al armamento general. Tantos esfuerzos no fueron inútiles, y el ejército de D. Enrique llegó al número considerable de sesenta mil combatientes. Se encomendó la primera batalla á Villaines, y la segunda al condestable de Castilla, que llevaba bajo sus órdenes al aragonés conde de Denia. El ejército tomó posiciones en Nájera, muy ufano de medir sus armas con las armas de los ingleses.

El príncipe de Gales al frente de veinte y siete mil hombres de armas, y una muchedumbre de genoveses, que eran los arqueros de su ejército, se adelantó hácia la Navarra, á cuyo rey pidió permiso para atravesar el país. No opuso resistencia el navarro, y mandó á todos sus vasallos que proporcionasen vituallas al príncipe y á sus caballeros. Los navarros no estaban conformes con el mandato de su rey; y de mejor gana hubieran dado á los invasores ingleses una segunda edicion de Roncesvalles que mantenimientos y auxilios. La mala voluntad de los vasallos hizo infructuosa la buena disposicion del rey, y el ejército del príncipe inglés sufrió mas hambres en Navarra que los judíos en Jerusalem cercada por Tito.

La vanguardia del príncipe de Gales, compuesta de quinientos hombres de armas al mando de Guillermo Feleton, penetró en Castilla, haciendo conocer su venida por las talas y robos que en campos y pueblos hacia; pues las pequeñas guarniciones que en algunos puntos hallaron, no eran bastante poderosas para contener sus estragos.

Permanecía D. Enrique en Nájera; y estando juntos una tarde Beltran de Güesclin y Villaines, se presentó en su alojamiento un espía y les dijo:

—Vengo del ejército del príncipe, y jamas he visto tanta gente, ni tan aguerrida y feroz; pero

les faltan vituallas, y vienen hambrientos como lobos.

—¿Y en dónde se encuentra su vanguardia? le preguntó Beltran de Güesclin.

—No debe encontrarse muy lejos, respondió el espía. Guillermo de Feleton la manda, y serán unos quinientos hombres.

—Tengo que ajustar atrasadas cuentas con Feleton, repuso Beltran, y quiero cortarles los pasos. Vuelve inmediatamente á espiarlos y mañana te espero aquí con nuevas noticias. Si las traes, te daré el oro que allí ves; pero si faltas, en la primera ocasion que te coja te haré cortar ambas orejas.

El espía echó una mirada codiciosa á una buena cantidad de doblas que sobre una mesa se hallaban, y salió resuelto á poseerlas por mas peligros que corriese.

—Mucho tenemos que trabajar, dijo Güesclin á su buen amigo Villaines, para quedar con honra al menos en tan crítica situacion.

—Aquí tenemos, replicó Villaines, veinte mil soldados genoveses que han combatido contra el turco, y parecen hombres de provecho. Nuestro ejército es numeroso, y no sé como escapará el príncipe si tiene el arrojo de atacarnos.

—Señor, el corazón me dice que en lo mas recio del combate nos abandonarán esas gentes que no me inspiran confianza. Y por quien soy, que desearia mejor caer prisionero que D. Enrique, porque el rey D. Pedro le haria morir en el instante, y yo podria conseguir mi rescate por una cantidad de oro.

Al decir Beltran estas palabras llegó un corredor y le trajo noticias de los forrajeadores ingleses que Guillermo Feleton conducia.

Mucho se regocijó Güesclin con estas nuevas: mandó llamar al conde de Denia y al mariscal D'Audrehem, y les comunicó su proyecto de ir á atacar á los ingleses. Ambos capitanes manifestaron que estaban en un todo de acuerdo, y todos tres se pusieron en marcha con algunas tropas escogidas. Caminaron con gran cautela, llevando delante sus exploradores, y uno de ellos que hablaba muy bien el inglés, se introdujo en la hueste de Feleton, y la observó completamente. Después volvió á encontrar á Beltran, y le contó que los ingleses se habian entregado al pillaje, y conducian grande cantidad de ganados. Güesclin dividió su pequeño ejército en tres partes, y lo emboscó en una selva bastante intrincada.

Apenas habia dividido la hueste, cuando los exploradores ingleses descubrieron una de las batallas, y fueron á participarlo á Feleton. Les preguntó éste, qué gente era y en qué número: los exploradores contestaron que españoles, y sobre poco mas ó menos en el mismo número que los ingleses. El capitán les dijo entonces:

—Si son españoles yo no huiré sin darles batalla, porque no les temo lo mas mínimo; pero si está Beltran Güesclin, la situacion es apurada, porque además de su atrevimiento me profesa un odio profundo, y si me coje prisionero no me soltará

por ningun rescate. Por lo tanto deseo que vayais á preguntar á esas gentes quiénes son, si está con ellas Beltran Güesclin, y si demandan la batalla.

Partió un explorador á toda rienda, y antes que llegase á los españoles salió el conde de Denia á su encuentro y le preguntó qué queria.

—Señor, le respondió el inglés, Guillermo de Feleton y Juan su hermano me envian á saber vuestro nombre, y si está Beltran en el campo.

—Yo me llamo el conde de Denia, mis compañeros son castellanos que desean pelear con los ingleses, y no está Güesclin entre nosotros.

—Supuesto que queréis batalla, la tendréis, replicó el inglés, y se dirigió hácia los suyos.

El conde de Denia envió un escudero á Beltran para que le participase la respuesta que habia dado al explorador.

Feleton vino contra los españoles con sus banderas desplegadas, y el conde de Denia salió á su encuentro en el mismo órden que el inglés. Al sonido de las trompetas arremetieron los escuadrones, y ambos resistieron el choque sin perder sus líneas. Beltran y el mariscal D'Audrehem, atacaron por retaguardia á Feleton, é inmediatamente huyó su hueste en la mas completa derrota, llevando la alarma á la del príncipe. Mas de ochenta ingleses quedaron muertos sobre el campo, y Guillermo Feleton entre ellos.

Mucho sintió el príncipe de Gales la derrota de su vanguardia, y el rey D. Pedro de Castilla miró como de mal agüero este principio de campaña. El ejército inglés sufría, como hemos manifestado poco antes, unas horribles escaseces, y la derrota de Feleton les privaba de todos los recursos que aquel les habia proporcionado. Reunió el príncipe su consejo y el conde de Armegnac habló así:

—Señor: hemos reunido el ejército mas numeroso que ha visto la Europa hace tiempo; pero no adelantamos nada, y muy pronto nos diezmará el hambre antes que nos merme el acero. Mejor es, señor, combatir, que perecer como cobardes en la mas espantosa miseria. Armémos mañana nuestras gentes, y marchémos al enemigo.

—Todos los principales capitanes fueron del mismo parecer, y resolvieron presentar la batalla al amanecer del dia siguiente.

Después de haber vencido Beltran á Feleton, se volvió á Nájera con las reses que habia rescatado y los prisioneros que habia hecho. D. Enrique les recibió con las mayores distinciones, y creyó, en medio de su júbilo, que habia asegurado su corona con aquel pequeño reencuentro. Mandó reunir á sus caballeros y les pidió consejo sobre la manera mas á propósito para destruir á los ingleses, opinando el rey por su parte que se les debia atacar al punto.

—Señor, dijo Beltran Güesclin, por Dios que sigais mi consejo, y venceréis á los enemigos sin el trance de una batalla. Los ingleses están hambrientos, y mas desean combatir para alimentarse, que para entronizar á D. Pedro. Man-

tengámonos á la defensiva: rodeemos nuestro campamento con empalizadas y fosos, y antes de tres dias tendrán que huir estenuados y arrepentidos. Entonces caeremos de repente sobre su ejército amedrentado, y no quedará un solo inglés que no sea muerto ó prisionero.

—Os tienen por valiente y por entendido, le replicó el conde de Denia, y no lo manifestais, Beltran, ahora. O teneis miedo á los ingleses, ó no sois amigo de D. Enrique. Hemos tenido un buen estreno: los enemigos están aterrados, y tardaremos en vencerlos lo que tardemos en pelear.

Bernal de Bearne se levantó, y con voz colérica dijo:

—Yo sé que Beltran es valiente, pero hoy procura desmentirlo. Quinientas lanzas me acompañan: si opina el consejo porque nos estemos encerrados como un miserable rebaño, yo acometeré esta misma noche con mis quinientos compañeros á ese príncipe tan temido, y si morimos en la demanda, nos envidiarán los que sobrevivan el honor de haber peleado como cumplidos caballeros.

—Yo os seguiré, dijo el conde de Denia, y moriré tambien como bueno. Conmigo vendrán muchos aragoneses que buscan el honor con ansia y no temen perder las vidas.

Todos los caballeros deseaban aparecer como valientes, y muchos dijeron lo mismo que habia dicho Bernal de Bearne y despues el conde de Denia. Beltran Gúesclin se mordía los labios, hasta que no pudiendo sufrir mas, gritó con una voz de trueno:

—Silencio, señores. El que haya tomado mas castillos, ganado mas batallas y recibido mas heridas que Beltran de Gúesclin, ese podrá escribir sobre mi frente la infame nota de cobarde. Me dice el corazón, señores, que si combatimos mañana, el rey perderá su corona, yo seré muerto ó prisionero; mas nada importa mi creencia. Me habeis tratado de cobarde y aun de traidor: mucha lealtad debo tener al rey D. Enrique cuando he sufrido con paciencia un ultraje tan inmerecido. Mañana se da la batalla: mi lanza herirá la primera, y veremos quién es el último que se retira del combate.

—Lo veremos, dijo el bearnés.

—Lo veremos, Beltran de Gúesclin, repitió el de Denia con calma.

—Señores, dijo D. Enrique, tengo recibidas mil pruebas de todos los ilustres capitanes que toman asiento en mi consejo; todos me profesan un amor que yo les pago con el alma; todos son valientes en el combate, todos entendidos, y experimentados son todos. Amo á Bernal como á un hermano, al conde de Denia lo mismo, y no hay un solo caballero en esta estancia que no haya combatido á mi lado, en Francia, en Aragon ó en las Castillas. Yo quisiera dar gusto á todos, hacer el mio que está conforme con el parecer de los mas fogosos, pero me someto en un todo á lo que resuelva Beltran.

—Señor, respondió el breton con dignidad:

despues de lo que ha sucedido, no queda otro medio posible que dar mañana la batalla.

—Ahora eres Beltran de Gúesclin, dijo el conde de Denia abrazándolo.

—Ahora te conozco, breton, le dijo Bernal de Bearne.

—Y ahora no estoy contento de mí, les respondió el buen capitán.

CAPITULO XVI.

¡Jurais al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir!

QUINTANA.

Se dirigió Bernal á su posada ansiando que brillase la aurora para encontrarse frente á frente con el altivo príncipe que habia emponzoñado sus dias. Su imaginación calenturienta le presentaba un panorama de desolacion y esterminio; y aun creia percibir los ayes de los infelices moribundos que habia derribado su tizona. Entre los despojos sangrientos aparecía de vez en cuando una figura de mujer, y entonces buscaba un cadáver que no aparecía ante sus ojos. A traves de su linterna mágica todo cambiaba de colores, y habia momentos celestiales en los que solo veía la sonrisa de aquella mujer cariñosa que le miraba con placer. Sus ojos se cerraban entonces para reconcentrar el pensamiento, y era tan feliz, que olvidaba sus dolores y hasta sus celos. Los olvidaba unos instantes, pero renacían de improviso bajo formas mas espantosas.

No eran los celos de Bernal hijos de la incertidumbre y la duda, una realidad los causaba, y una circunstancia fatal les daba mas terrible aspecto. La hermosa de su adoracion estaba en brazos de otro hombre. ¿Y por qué lo estaba? Porque Bernal no le igualaba en poderío. Si hubiera podido ofrecer el bastardo un trono, como el de Inglaterra, á los pies de su hermosa prima, no la hubiera dado su padre á quien la ofrecía una corona sin poseer antes su corazón. Bernal sentía en sí un tormento que muchas veces nos aqueja y no nos atrevemos á explicárnoslo: Bernal tenía la timidez que tiene un amante que no puede decir á su amada: "por los topacios que te da ese hombre yo te daré ricos diamantes: mis palacios son mas hermosos que los suyos, y mas espléndida mi corte. Yo te ofrezco un amor inmenso, pero rodeado de privaciones: no te digo ven á ser mia para vivir solo en mi amor: adivinaré tu pensamiento y á los rayos de tu hermosura servirán de espléndida aureola las joyas que yo te presente." Ningun monarca de la tierra podia ofrecer mas rica corona á la esposa del príncipe de Gales que la que adornaba su frente.

Estas consideraciones roían los sesos del noble Bernal: es verdad que en algunos instantes alzaba la frente con orgullo y decia: "el príncipe de Gales posee su cuerpo, como esposo: yo soy mas feliz, porque tengo su alma, porque la tengo co-

mo amante." Este consuelo se desvanecía, y solo pensaba en la guerra. Al dia siguiente una gran batalla iba á decidir un imperio. ¿Si la lanza de paladin celoso conseguia tocar el corazón de su rival afortunado, no podria el capitán valiente conquistar provincias y provincias, para ofrecer un rico reino á la viuda del muerto príncipe? Así lo concebía Bernal, y así pensaba ejecutarlo.

Mandó llamar á los caballeros, que combatían bajo su enseña, y así que les hubo reunido les habló en la forma siguiente:

—Muy satisfecho estoy, señores, de la amistad que me profesais, y que me habeis probado bien, siguiendo mi humilde pendon. Mañana se da una batalla contra el parecer de Beltran, y yo he tenido una gran parte en que se decidan á darla. Hay un compromiso de honor entre los principales jefes, pues pretende ser cada cual el último que se retire de los peligros del combate. Yo soy uno de ellos, señores, y voy á proponer un juramento. "Jurémos á Dios y á nuestros padres no retirarnos de la batalla mientras quedemos dos con vida; y si queda uno solamente, no se retirará tampoco sin poner en salvo mi pendon.

Todos lo juraron á una voz, y Bernal los despidió afable, encargándoles estuviesen prontos al primer albor de la mañana.

Solo el bastardo llamó á sus pajes mas queridos y les mandó que le trajesen todas sus armas, pues queria elegir por sí mismo las que habia de usar al dia siguiente. Fué obedecido en el instante, y procedió al punto á elegir las. Tomó una armadura de acero, primorosamente empavonada, regalo que le habia hecho su padre, y que mostraba su sobrenombre en un magnífico sol de oro que destellaba en la coraza. El yelmo tenia cuatro plumas negras, y por cimera un buitre de oro que cebaba su pico y uñas en un leopardo moribundo. Cogió una espada de Toledo que le habia regalado D. Enrique, cuya empuñadura de amatistas tenia la forma de una clava, una daga toda de acero, que le habia dado Beltran Gúesclin, y dos lanzas de agudos hierros, fabricadas en Zaragoza. Encargó á sus pajes que le dispusiesen dos caballos negros y andaluces, tan veloces en la carrera como duros en las fatigas, y despues de todo dispuesto los despidió para acostarse.

Apenas habian salido de la estancia, volvió uno de ellos y dijo á Bernal que unos viajeros recién llegados pedían permiso para hablarle. No vaciló Bernal en concederle, y un momento despues entraron dos caballeros y una dama. Bernal se adelantó á recibirlos, y vió con asombro á Doña Inés entre D. Lope y el buen paje.

—Señora, dijo á la Avendaño: ¿cuando os creia convaleciente en Angulema os hallo á tal hora y en tal sitio la víspera de una batalla?

—He cumplido mi palabra fielmente. Ofrecí no salir de Angulema hasta que lo permitiese el doctor, y he salido con su beneplácito. ¿No me encontráis muy mejorada?

—Sí, Doña Inés, estais mejor; pero las fatigas

del viaje pueden haceros mucho daño. ¿Hace mucho que habeis llegado?

—Nuestras mulas están á la puerta, y he preferido descansar en vuestra posada á pedir hospedaje al rey.

—Mucho os agradezco, Doña Inés, una distincion tan honrosa.

—Agradecedla á mi tutor, que ha creído oportuno daros cuenta de la enferma que le encomendásteis; agradecedlo tambien á Enrique, que ha querido devolveros la joya, son sus palabras, que pusisteis á su cuidado, y agradecedlo á vuestra prima que me entregó esta pequeña caja para que os la diera en mano propia.

La huérfana entregó á Bernal un paquete que puso el bastardo sobre la mesa, preguntando luego á Doña Inés:

—¿Cuándo habeis hablado, señora, con la noble princesa de Gales?

—Dos horas antes de dejar á Angulema. La he debido muchas atenciones y no ha dejado de visitarme un solo dia desde que os vinisteis á Castilla. Me ha tratado como á una hermana.

—¿Y como ha quedado la princesa?

—Triste, Bernal; bastante triste. Tal vez la ausencia de su esposo...

—¿Os hablaba de él mucho, señora?

—Muy pocas veces lo nombraba, pero yo sé por experiencia, que lo que mas siente el corazón está mas lejos de los labios.

Bernal ahogó un hondo suspiro, y continuó Doña Inés:

—Me encuentro bastante cansada, y desearia tomar reposo.

Bernal dió su brazo á la huérfana y la condujo á la habitacion mejor dispuesta de la casa para que descansase en el lecho del capitán la virgen, esposa y viuda.

Cuando volvió, dijo á D. Lope con afectuosa cortesía:

—Tambien necesitaréis, D. Lope, algunas horas de descanso.

—Si me concedeis la hospitalidad por esta noche.

—Mi casa es vuestra, Sr. de Hinestrosa, y mandais en ella como dueño.

Un paje condujo á D. Lope al aposento menos malo que podia ofrecerle Bernal en su posada de campaña.

—Tambien tengo que pedir un favor, dijo el joven paje al bearnés así que se quedaron solos.

—Habla, Enrique, con confianza.

—¿Me daréis armas y caballo para presentarme en la batalla?

—Las elegirás á tu gusto.

El paje saludó á Bernal, y se salió del aposento.

Así que se vió solo el bastardo cogió la caja de la princesa, y no encontrando una llavecita que debia servir para abrirla, rompió la cerradura al punto, y envuelta en el pañuelo blanco, que lo deslió al dejar á Angulema, encontró una banda morada con este mote en letras de oro: "ADIOS, ADIOS; HASTA EL CIELO."